

❧ Piezas ❧ Literarias. ❧

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

Discurso Oficial

LEIDO POR SU AUTOR

en la velada literaria verificada en el Teatro Degollado el dia 7
de Agosto

POR ENCARGO DE LA JUNTA.

SEÑORES:

No es esta la primera vez que la sociedad de Guadalajara se congrega para manifestarle su gratitud al sacerdote que la colmó de bienes; pero de seguro que nunca, sino en la fecha infausta en que abandonó el ilustre prelado, la vida de la tierra, hasta este día, le ha demostrado con igual solemnidad los sentimientos que la animan.

Hoy hace cien años que dejó de existir el Sr. Alcalde, que dejó de alentar el apóstol que estuvo animado de actividad divina, y que sus ojos soñadores, se cerraron á las miserias de la existencia y se abrieron á las glorias de la inmortalidad.

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

Un siglo hace que en este día nuestros antepasados llenaron los ámbitos de la ciudad con sus lamentos, y hoy nosotros, fieles á su memoria, aspiramos la esencia de sus sentimientos, transmitida religiosamente de generación en generación, de padres á hijos, y colmamos nuestra vieja ciudad de los efluvios de aquellos tiempos, en los que tanto se creía y tanto se sentía.

Pero el siglo que ha pasado lentamente, y durante el cual nuevos ideales han reemplazado á los antiguos, y los sufrimientos y los goces, las victorias y las derrotas, se han sucedido unos á otros, cambiando los sentimientos y modificando las circunstancias, como las olas que nacen, crecen, se precipitan furiosas y se rompen para darles vida á otras nuevas en mar embravecido; han hecho que las amargas lágrimas de nuestros padres se conviertan en nuestras sonrisas, en las sonrisas de sus hijos, y el llanto y desolación, en fiestas y regocijos para la misma ciudad. Pero si el siglo ha transformado los accidentes, no ha cambiado la esencia, y así como las lágrimas, como el llanto, como la desolación, las sonrisas, las fiestas y los regocijos, son causados por la misma gratitud.

La gratitud para el bendito anciano, para el padre de los huérfanos y la Providencia de los pobres y los enfermos; para el ángel bueno de Guadalajara, que fundó su grandeza y le dió por apoyos la caridad y la ciencia, la moralidad y el saber, el alimento del corazón y el del cerebro.

Las grandes ciudades deben por regla general su próspero estado, ó á los caprichos de los guerreros victoriosos que disponen de la fortuna á su antojo, ó á las necesidades de la política que crea, mantiene y vigoriza las agrupaciones, ó, finalmente, á los intereses del tráfico y de la industria. Guadalajara, aunque fundada por necesidades políticas, llegó á la situación necesaria á llenar debidamente el papel que se le pedía; pero estaba muy lejos de alcanzar la prosperidad que la convirtió en un emporio de ciencias y de virtudes. No fueron caudillos victoriosos los que impulsaron su progreso, ni traficantes, ni industriales; fué el sencillo prelado, que al fundar nuestros principales plantelas de instrucción, puso en sus manos el cetro del

saber, que le ha dado tan gloriosos destinos y tan hermosos días, y que no ha abandonado, ni en medio de sus mayores tribulaciones interiores, ni en las grandes catástrofes que han conmovido á la patria. El Sr. Alcalde, humilde religioso de un pueblo de España, fué el iniciador de nuestra época más florida, de la cultura de Jalisco, de la civilización de todo el occidente del país. A él se debió la fundación de la célebre Universidad de Guadalajara, la que ha constituido durante el siglo que media desde su establecimiento á la fecha, uno de los focos más potentes de donde irradian torrentes de luz de ciencia en el Nuevo Mundo.

El regeneró el Colegio de Niñas de San Diego, abriendo horizontes desconocidos para el bello sexo, alejando del vicio á la parte hermosa de la humanidad en este suelo, y construyendo así los cimientos de la nueva sociedad, por comprender que toda reforma de esta, debe emprenderse, con esperanzas de realizarla, reformando primeramente á la mujer.

Así es que al Sr. Alcalde se debe el rápido engrandecimiento de Guadalajara, entre otros motivos, por haberla dotado de los medios suficientes á ilustrar á todas las clases de la sociedad, y haberla constituido en centro de cultura á donde han venido á beber los principios de la ciencia, los jóvenes de los Estados del Occidente y Norte de la Nación.

Pero el Sr. Alcalde, hombre ilustrado y prudente, al colocar á Guadalajara á la altura de la misma capital del país, por sus planteles de instrucción, si desempeñó el bello papel de mentor de la sociedad, aún tenía un campo más vasto, más bello, donde ejercitar sus grandes cualidades. Y este campo fué la caridad; la más envidiable de las virtudes, la que pone de manifiesto la naturaleza divina del alma humana, la que es toda vida, porque es toda amor, y convierte el corazón del hombre en corazón de padre, de padre de todos los afligidos y desamparados de la tierra.

El Sr. Alcalde sintió un amor inmenso para todo el que padecía, porque era virtuoso, y la virtud engendra el amor á los semejantes. Su grande alma se angustiaba con los mudos su-

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

frimientos de los niños, de esos pequeños seres que no tienen lugar en el banquete de la vida, y vienen á él y son excluidos, y no encuentran hogar que los abrigue, madre que los estreche y caliente con su pecho, ni alimentos que los sustenten; que crecen desamparados, al acaso, viviendo sin saber cómo, padeciendo sin saber por qué, aceptando con la angélica resignación de la inocencia, su existencia, esa existencia tan amarga, cuyo solo lado horrible conocen, esa vida tan mala á la que se vino á padecer hambre y sed, y á sufrir golpes y privaciones.

El Sr. Alcalde sintió un peso helado sobre su corazón con los pesares que afligen á la juventud femenina, á las mujeres en la aurora de su vida, á las doncellas núbiles que en la eflorescencia de su ser físico y moral, cuando el alma despierta á los primeros sentimientos y el cuerpo se embellece y forma, y contemplan al través de sus doradas ilusiones y su encantadora inocencia, la vida como un idilio y el mundo como un hermoso panorama, son asechadas por el frío, por el lúgubre espectro de la miseria, de la horrible miseria que primero les roba sus cantos, armonías de la juventud, luego les arrebató las inmotivadas sonrisas, movimientos de sus pasiones, más tarde la fé, y después, como última presa, mata á la misma esperanza de mejores días, hiela su alma y marchita sus encantos. arrojándolas, luego, en brazos de otro espectro más lúgubre, si cabe, el espectro del vicio, que se ceba en el infortunio y se encarniza en el desamparo.

El Sr. Alcalde sintió su pecho oprimido al considerar la angustiosa situación de los hogares pobres; aquellos en que el jefe de la familia es presa de cruel enfermedad y se debate en el lecho del dolor, mientras su inconsolable esposa, sus ancianos padres y sus tiernos hijos, con los semblantes pálidos, demacrados, marchitos, y los cuerpos extenuados y flacos, se aprietan á su alrededor y lloran y se desesperan, y contemplan con ojos espantados los progresos del mal, y olvidando el hambre que los hostiga, sienten sus entrañas despedazadas por los estragos de aquella enfermedad que abate sus esperanzas.

Finalmente, el Sr. Alcalde se conmovió también con los in-

fortunios de la ancianidad, de los seres que, un tiempo orgullosas y fuertes encinas, llegan al fin de su carrera con el cuerpo, antes erguido, encorvado y débil; la faz, antes bella, arrugada y decolorada; la vista ya no brillante, sino amortiguada, y los negros cabellos convertidos en nieve más blanca que la que corona la cumbre de las montañas; que llegan abatidos á la meta de la vida humana, y ya con un pié en el sepulcro, sólo le piden al mundo, olvido, paz, un poco de calor para sus ateridos miembros, alguna compasión para sus achaques y los pocos alimentos suficientes á prolongar sus días hasta la hora del postrer viaje.

Y el Sr. Alcalde, todo amor, todo caridad, no pudo dejar pasar indiferente tanto infortunio, y amparó á los huérfanos y á las doncellas, y fué su padre; y socorrió á los enfermos y los ancianos y fué su providencia.

Con amor infinito y complacencia sin igual guió los vacilantes pasos de los niños y las jóvenes doncellas, y no los olvidó ni al morir, cuidando con solicitud angélica de su suerte. El Sr. Alcalde fué sublime cuando estableció un legado destinado únicamente á la compra diaria de una pieza de pan fino para los pequeños asilados, y fundó diez lugares gratuitos en el Colegio de Niñas de San Diego para las doncellas pobres. Con cariño y celo paternal cuidó también de los enfermos y ancianos, y fundó el magnífico Hospital de San Miguel de Belén, el mejor de la República, capaz para mil asilados, construido según un plan vasto, concebido con raro acierto; más raro en aquellos tiempos, en los que las ciencias experimentales no habían alcanzado la perfección á que han llegado en este siglo.

Pero donde brillaron con todo su esplendor las singulares virtudes del Sr. Alcalde, fué en la calamitosa época en que la peste y el hambre en horroroso consorcio, asolaron la ciudad y sembraron todos los hogares de luto y consternación. Una prolongada sequía impidió fructificasen las simientes, y la madre tierra, falta del precioso líquido que fecunda sus entrañas, se negó á producir los cereales, base del alimento popular. Horrible fué la época para Guadalajara: macilentos sus habi-

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

tantes se arrastraban por las vías, en las que sucumbían víctimas de los infectos miasmas que envenenaban la atmósfera; la epidemia hacía terribles estragos, y los cadáveres se acumulaban en las calles, aumentando con su fúnebre aspecto, el horror que había fijado sus reales en la triste población.

El apóstol ejerció su santo ministerio con piedad suprema; ejerciéndolo en sus dos manifestaciones principales: fué médico del cuerpo enfermo y médico de la alma enferma; estableció lazaretos, hospitales, casas de beneficencia, aprontó todos sus recursos, su valiosa influencia y su misma persona; consolaba y calmaba los dolores con todos los lenitivos que le sugerían su corazón, su ardiente fé y su insuperable caridad, que por ser franca, sincera y cariñosa, no puede confundirse con la filantropía, ese fantasma de caridad, que hiela el corazón de los socorridos, por lo mismo que está frío y seco el corazón del que socorre; nó, su caridad fué la misma que inspiraba al Santo de Asis, y al de Paul, la que guiaba los pasos de Las Casas, la que tiene su origen en el amor de Dios, y en la moral cristiana. Gracias á su celo y eficacia, no fueron los efectos de la calamitosa época, tan desas'rosos, y bien pronto la ciudad, merced á los grandes edificios que por aquel entonces levantaba el mismo Sr. Alcalde, recobró el tiempo perdido, y pudo continuar su firme marcha por el camino del progreso.

Fué, pues, el Sr. Alcalde, el verdadero fundador de la grandeza de Guadalajara; él estableció sobre sólidas bases su progreso, y enderezó sus destinos según el rumbo que su poderoso genio le imprimió.

Guadalajara no ha sido ingrata con su memoria y al honrarla, se honra á sí misma.

Señores: La cultura de una sociedad se puede conocer, no solamente por las mil manifestaciones materiales que en este siglo de los descubrimientos han hecho al hombre dueño del rayo, del fuego y del magnetismo, le han abierto los tejidos para mostrarle el interior de los organismos y los misterios de la vida, le han acercado los inmensos mundos que á distancias fabulosas bogan en el espacio y le han permitido estrechar las dis-

tancias, perforar las montañas y dividir los continentes para poner en comunicación á los océanos; sino también por esas subyugadoras explosiones de los sentimientos, que denotan que en el cuerpo social, rico de glóbulos rojos y de gérmenes de vida, palpita un corazón civilizado y alienta un espíritu nutrido con las más sabias y saludables doctrinas, que nunca han alimentado á la humanidad.

Con estas dobles manifestaciones de la cultura y en las postrimerías de este siglo, surge á la vida social, á la hermosa armonía de las naciones, nuestra patria tan rica, tan bella, tan noble y tan honrada por sus hijos. La locomotora surca, con sus velocidades de pensamiento y su hálito de progreso, nuestras praderas y nuestras montañas; la electricidad pone sumisa en comunicación los más apartados rincones del país, entre sí, y con el resto del orbe civilizado; y nuestro nombre internacional es conocido y respetado en toda la redondez de la tierra. Y al mismo tiempo, los más puros sentimientos, los que honran al género humano, anidan aquí y toman cuerpo siempre que la ocasión lo reclama. Aquí se trabaja por la instrucción popular, por la emancipación de la mujer, por el alivio de los afligidos y por la protección de los menesterosos.

A nuestras 10,700 escuelas concurren diariamente 600.000 alumnos; las aulas tienen sus puertas abiertas para el sexo débil; y las grandes catástrofes, las que afligen á los pueblos, encuentran eco en los pechos mexicanos, que saben salvar á sus compatriotas si ellos se llaman los inundados de León, ó mejorar la suerte de los hermanos extranjeros, si ellos se nombran los desamparados españoles de Consuegra.

Hoy mismo, señores, ante esta selecta reunión y en este sitio, una fracción de la República, nuestra bella ciudad de Guadalajara, celebra con entusiasmo sin límites, las fiestas de la gratitud, y con los sentimientos más nobles y verdaderos, fabrica una corona de inmortales, que deposita como humilde ofrenda sobre el sepulcro del apóstol que, en este suelo, personificó á la caridad. Estas demostraciones que encuentran eco simpático en todo el país, con su carácter eminentemente popular, con

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

sus cualidades, esencialmente privadas, buena prueba suministran de que en el corazón mexicano existen delicada. fibras, que vibran poderosamente con toda la armonía ideal de la civilización cristiana.

Hoy todos los habitantes de la ciudad, uniendo nuestros esfuerzos, cubrimos con la aureola de una apoteosis, la memoria de nuestro anciano benefactor; la apoteosis de la gratitud, del sentimiento que eleva al que lo profesa, lo magnífica á sus propios ojos, y lo enaltece á los de la gran familia humana que goza de los beneficios de la civilización.

Yo soy hijo de Guadalajara, señores. Siempre me he sentido orgulloso de ello; pero nunca como ahora, en que me ha sido dado asistir á tan hermosas manifestaciones, que suben el nivel moral de esta región del país, á la altura que alcanzan los pueblos más cultos de la tierra.

Guadalajara habrá quizás perdido su importancia mercantil, su iniciativa industrial, su significación política; pero nadie, nunca, jamás, podrá arrebatárle, de sus manos el pendón de las ciencias y de las artes, y la insignia de las virtudes; porque ellos le fueron dados por el apóstol que honramos, y confirmados por los hechos de tantos y tantos hombres que han llenado con sus proezas las páginas de nuestra historia y las hazañas de este pueblo, que ha sabido exceder á sus verdugos, abatir á sus tiranos, combatir en todos terrenos por sus libertades y honrar á sus dignos hijos. ¡Y también porque aquí se encuentra en cada ciudadano un profesor, y en cada hogar una escuela!

He abusado, señores, por largo tiempo de vuestra atención; cedo ya este puesto honroso á los ingenios de Jalisco, que os van á cantar las glorias del apóstol de la caridad. ¡Que nunca olviden los hijos de Guadalajara los hechos del Sr. Alcalde, que su memoria se perpetúe hasta las mas remotas generaciones y que la gratitud que nos legaron nuestros padres, se mantenga vigorosa y ardiente en el corazón de nuestros hijos!

Francisco Escudero y López-Portillo.

Al Bueno entre los Buenos.

En el Centenario del Obispo Alcalde.

(PRIMER PREMIO DEL CONCURSO).

Así como medrosa se agrupa la pollada
en torno de la madre, buscando su calor,
se agrupa todavía potente la barriada
por él, y para abrigo del pobre edificada
del templo que sus restos nos guarda, en derredor.

Adrede muchas veces por ella me aventuro
á la hora en que la tarde comienza á declinar,
y, triste y solitario, su laberinto obscuro
de casas uniformes y de grietoso muro,
arróbame el espíritu en hondo meditar.

Remonta todo un siglo la mente en el pasado:
el templo y la barriada que se alzan entre mí,
flamantes son; no ha mucho que se han edificado,

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.